# EL MONTE OLIMPO.

Con el título de *Episodios literarios en Oriente* va á publicar en Francia el conocido escritor y viajero M. de Marcellus una obra en cuatro tomos, donde consigna sus impresiones de viaje. De esta obra hemos visto la parte que dedica á la descripcion del monte Olimpo, y nos hemos decidido á reproducirla aquí, persuadidos de que agradará á nuestros lectores por la viveza de las descripciones, la poesía del estilo y la oportunidad de las citas con que parece consagrar sus pensamien

## I.

La casa de madera que yo habitaba en Tchékerdgé, como casi todas las de esta larga aldea, está situada en la pendiente de una de las primeras colinas del Olimpo. Las aguas tibias, calientes, ferruginosas, sulfurosas, frias ó heladas que manan de la base de la montaña, riegan los jardines de estas cabañas, en donde se las recoge en recipientes particulares y distintos.

Mi casa, ó mas bien mi cobertizo, á pesar de su pobreza, tenia, como los palacios de Constantinopla, su gineceo separado; no ciertamente por elegantes celosías por donde siem-

pre penetra un poco la vista, sino por unos tabiques de alfagía impenetrables, á fin de que la vieja y verdaderamente la única mujer del jardinero, no fuese mas vista, y por lo tanto mas comprometida que la mas jóven y centésima odalisca del serrallo; tan poderosamente reinan las costumbres asiáticas en todas las clases de la sociedad musulmana!

Una escalera de mano conducia de este piso bajo prohibido al cuarto del dueño que se me habia cedido. De esta manera yo poseia, hablando como verdadero Osmanli, una *oda* y no un *harem*. El propietario, establecido en Broussa, se habia cerciorado de antemano de que en mi condicion de celibato, que hacia de mí un ser casi despreciable á sus ojos, no necesitaba habitacion mas vasta.

Por lo demas, lo que yo mas apreciaba en la casucha, y en esto me parecia enteramente á mi huesped, era una galería de tablas mal unidas y movedizas, abierta á todos los vientos y á todos los aspectos, en donde durante el calor mas fuerte del dia encontraba una constante frescura. Dos largos maderos formaban la balaustrada de este rústico balcon; y aunque no me podia asomar sin peligro, no dejaba por eso de disfrutar del aspecto de los umbrosos jardines que se extendian desde la montaña hasta la llanura, los campos que les sucedian fertilizados por las ondas del Horisio, y en fin, el espacio tan verde y tan vasto que se estiende entre el lago Apolonio y las montañas de Nicea.

Otra ventaja, mas rara todavía, daba un gran precio á mi cabaña, una de las mas buscadas de la aldea. A la entrada de su cercado, lleno de cerezos, cargados entonces de los frutos mas hermosos, hay una cúpula construida con piedras de gran tamaño y de una forma bastante elegante, que cubre muchas fuentes minerales. Tiene por vestíbulo un aposento cuadrado, destinado á las diversas operaciones que preceden ó siguen á los baños; especies de *Spoliarium* ó de vestuarios, iguales á los de las thermas de Caracalla y de Tito, escepto en las dimensiones. Se entra en seguida en una sala redonda enlosada de mármol y abierta por lo alto como el panteon de Agrippa.

Allí, en un baño profundo y circular se mezclan las aguas calientes ó tibias que vienen de las colinas por conductos subterráneos, y que se renuevan sin cesar, conservando el mismo grado de calor; y en este baño, al cual se baja por una escalera de mármol, puede uno permanecer como quiera, echado ó en pié, despierto ó dormido, nadando ó sentado.

Una fuentecita ó manantial, mineral tambien, sale de una abertura, algunos pies mas arriba del suelo, y está reservada para bebidas saludables ó para abluciones parciales; pero afortunadamente no cae de bastante alto para que se convierta en uno de esos chorros cuyo aspecto tiene no sé qué de rústico y medicinal.

Este pabellon en que, como el turco indolente de nuestros dias y el voluptuoso romano del siglo de Augusto pasaba yo muchas horas del dia y de la noche, me fué esclusivamente reservado; era público durante una parte del año, ó por mejor decir, era abierto al público por el jardinero, que sacaba de él un gran beneficio.

Las paredes interiores, sometidas á las caprichosas fantasías, no de la multitud, porque en Turquía el número de los que saben escribir es muy pequeño, pero de los Tchelebis, gentiles hombres musulmanes, permítase la traduccion, estaban todavía sobrecargadas de flores trazadas con lápiz, de divisas apasionadas, y aun de versos árabes y persas que atestiguan la galantería y la hermosura de mil bañistas. Advertia yo con cierta sorpresa que estas paredes habian permanecido puras de toda inscripcion licenciosa, de toda imágen equívoca, muy diferentes en esto de la mayor parte de nuestros establecimientos modernos, y sobre todo de las termas que nos ha manifestado Pompeya. Mi rotonda, célebre en la aldea por sus placeres, tenia su crónica que me fué referida por Yacoub.

Dícese que hace algunos años un jóven turco compró al precio de algunos *Mahmoudies* el favor de penetrar bajo estas mismas bóvedas, reservadas á las mujeres de un viejo bajá de Broussa. «Pues, advertirá V., señor, añadia riéndose »Yacoub, que los bajás de Broussa son siempre viejos: porque »es á donde se envian con preferencia los grandes visires jubi»lados y los generales retirados; y fácilmente comprenderá »la razon, y es porque ninguna provincia (*Eïalet*) está tan apar»tada de las fronteras, y al mismo tiempo es mas fácil de go»bernar.» Nuestro jóven, continuó Yacoub, habia elegido para usar de la rotonda la hora que debia preceder inmediatamente á la llegada de una odalisca de quien estaba perdidamente enamorado. Entonces abandonando sobre las ondas del baño algunas de esas flores elocuentes que trasmiten y explican las tiernas declaraciones, habia hecho la declaracion de su amor y de sus esperanzas.

Yacoub no sabia mas, y se ignoraba el resto de una aventura tan pálida, sin duda hasta aquí, pero que desde el principio podia costar la cabeza á su héroe. Mi baño habia cobrado el nombre de *Cúpula de las flores*; y despues (¿sería por razon de este nombre ó por la crónica?) era frecuentado particularmente por las mujeres musulmanas, armenias y griegas.

Cuéntase en los Pirineos un hecho casi semejante, aunque mucho menos peligroso en sus consecuencias. Parece que en el templo de las hermosas columnas dedicado á las náyades de San Salvador, un literato de imaginacion ardiente y de edad madura, adquirió á peso de oro el privilegio de meterse el primero, antes de verlo entregado á la profanacion de la multitud, en el mismo baño de mármol que habia ocupado una jó-

ven duquesa que se habia vuelto á Paris el dia anterior, y que era muy notable por su belleza.

Rubor me causa ahora que me haya atrevido aun en pensamiento, á comparar una duquesa de París con una odalisca de Broussa, aunque estuviese esta destinada á ser la primera de las cuatro mujeres del gobernador de Bitinia; y me reconozco tanto mas temerario, cuanto que la bañista de los Pirineos me es muy conocida. ¿Lo confesaré? La he contemplado muy frecuentemente á mi sabor, mientras que no he visto á las sultanas mas que á través de rejas oscuras, y á las odaliscas bajo velos largos y tupidos. La prefiero sin vacilar, á las morenas hijas de la Circasia y á las mas blancas georgianas que he podido ver en los bazares de Constantinopla, ó entre los mercaderes de esclavos del Cairo, siempre prontos á poblar los harenes de los señores otomanos.

Por otra parte, la parisiense, me gusta repetirlo, une á una gran belleza la bondad de corazon, el encanto del talento..... Me detengo, acaso un poco tarde... En efecto, ¿qué tienen de comun, me dirá algun plagiario de Federico el grande, el espíritu y el corazon con el baño? De todos modos, si se quiere (y esto es bastante difícil) sacar alguna moralidad de estas dos anécdotas, ó solamente comparar los dos héroes (esto es ya mas fácil), se encontrará, á mi parecer, mas inocencia y mas amor caballeresco en el osmanli, mas fuego y mas pasion en el francés bañándose tan cerca de la patria de D. Quijote.

Por lo demas, yo no me atrevo á fallar por mí, y dejo á cada uno el placer de decidir entre los Pirineos y el Olimpo. Tengo, sin embargo, algun rubor al comenzar con tan fútil exordio la relacion de las grandes impresiones que me ha dejado la montaña divina. Pero ¡qué! ¿es acaso otra cosa la vida humana, que una mezcla de vana alegría y de escenas de luto, unas al lado de otras?

Siempre he creido que el risueño Demócrito y su antagonista el eterno lloron, tenian razon ambos á la vez y en proporcion igual.

## II.

Mis primeros pasos en Broussa, como mis mas asíduos pensamientos, se dirigieron hácia el Olimpo, ansiando profundizar todos sus pomposos misterios; gozar aunque fuese por un instante, de un espectáculo casi desconocido; librarme á lo menos por un dia de la monotonía de las ciudades, así como de la contemplacion uniforme de las llanuras, y acabar á esta peligrosa aventura, cuyas dificultades raras veces habian sido superadas.

En efecto, no creo engañarme afirmando que la cima del Monte Blanco ha visto despues de Balmat y de Mr. Saussure,

mas viajeros que las cumbres del Olimpo han acogido desde el principio del mundo, incluso alguno que otro botánico italiano que se envanece de haber llegado á ellas primero, y se burla, á pesar de su aficion á las flores, del célebre Tournefort, que no llegó á hacer la ascension y se contentó con pasar al lado de la montaña.

Los turcos, por lo general, no tienen curiosidad por descubrir esos inmensos aspectos que cuestan tantas fatigas, y los europeos que las han arrostrado son, hasta ahora, muy pocos. Yo estaba cada vez mas deseoso de trepar á estas altas soledades, que dominan la mitad del mundo mitológico, y que Diódoro llama el *sitio del cielo.*

Los pequeños y robustos caballos, de seguro pié, con que habia de atravesar las escarpadas rocas y los profundos valles, fueron conducidos á mi puerta desde muy temprano. Yacoub los habia escogido por sí mismo, así como á su conductor (*Tschirudgi*) y un guia, ambos sus amigos de la infancia. Mucho antes de la aurora mi activo genízaro entró en el cuarto en que dormia, é interrumpió mi sueño lleno de umbrosas selvas, de avalanchas y de abismos, que se me aparecian de antemano y me llenaban de terror. Venia ataviado como para una revista, alegre como para una fiesta, armado como para un combate.

«Vamos, señor, me dijo, el alba nos espera para aparecer. »Tendremos una de esas hermosas jornadas, con viento norte, »que aleja las nubes y conduce tantos bajeles del mar Negro »á los puertos de Stambul. Mi montaña es la cosa mas maravi»llosa que ha podido y puede V. ver. Lo sé bien, porque he »nacido junto á ella. Conozco todos sus circuitos. Partamos; he »escogido los mejores caballos y el Tschirudgi mas hábil de »Broussa.»

Púseme al instante en pié, y por consejo de mi esperimentado montañés, me previne de un ropon doblemente forrado en pieles, que habia recibido del sultan Mahmoud como don de oriental hospitalidad, el dia de nuestra audiencia solemne. Mas tarde debia apreciar en la region de las nieves todo el valor del presente imperial.

Muy pronto dejamos la aldea de las Cerezas, marchando al paso y en caravana, es decir, uno detras de otro; única manera de andar posible por los senderos estrechos que rodean la capital de Prusias, y mucho mas necesaria todavía cuando el sendero cesa y el guia de la montaña marcha adelante esplorando el paso.

Parámonos para contarnos cerca de la antigua mezquita de Orcan, á la sombra de sus negros cipreses. Teniamos seis caballos; el quinto llevaba nuestras capas y provisiones; el último, calificado de supernumerario, debia servirnos *en caso de necesidad.*

Dimos la vuelta á la ciudad dormida, y atravesamos silenciosamente algunos arrabales; el ruido de los pasos de nuestros caballos se mezclaba solo con el murmullo de las fuentes que saltaban en las menores encrucijadas de la ciudad hija del Olimpo.

Un resplandor dudoso nos guió entre varias calles casi abovedadas como bazares; el crepúsculo y la aurora nos hicieron descubrir los jardines y huertas que rodean los kioscos solitarios y los tekies (conventos) mas solitarios aun, de los derviſes; y ya subíamos las primeras colinas, cuando el primer rayo del sol, que por largo tiempo debia ocultarse tras de la montaña, apareció sobre la mas alta cumbre hácia la Propontida.

Despues de haber atravesado bosquecillos de deliciosa frescura, en que los manantiales y los senderos se cruzan en todos sentidos, penetramos en bosques menos accesibles de encinas, hayas y plátanos. Estos árboles, cuyo tronco es mucho mas elevado, y cuyo follaje tiene mas espesor hácia la vertiente septentrional que comenzábamos á subir, pueblan las cincuenta leguas de colinas que forman la base del gigante; porque la gran montaña blanca descansa en lechos de verdor y valles ondulosos, como una soberbia sultana de tez resplandeciente, dormida sobre mullidos divanes y tapices de flores.

He tomado esta comparacion de cierta cancion turca, cuyo estribillo repetia mi guia alegremente.

Por fin llegamos á esa línea que los viajeros y geógrafos modernos, aplicando al Asia las divisiones topográficas del Apenino, de sus volcanes y de sus Alpes, han llamado la *primera region*.

Tres zonas, en efecto, hay aquí como en el Etna, perfectamente distintas; primera los prados y bosques de muy diversas especies de árboles; segunda los arbustos de las temperaturas frias y los bosques de abetos, y tercera las rocas y las nieves.

Pronto, al pasar de la primera á la segunda region, encorvamos con nuestras manos las robustas ramas de los nogales y de las hayas cargadas de hayucos; despues encontramos alisos, carrascas y terebintos mezclado sin órden, tales como el viento los siembra. Los intervalos que dejan entre sí sus troncos, están cubiertos de citisos, agnuscastus, y arbustillos cuya frente comenzaba á colorearse; sus troncos, separados en la base por la frambuesa ya madura, y por la uva espina en flor, se unian en la cima por medio de enredaderas, clemátidas, y esos convólbulos, cuyas flores tienen la forma de campanillas violadas y blancas.

Allí he visto la viña silvestre llegar hasta las ramas mas altas de los tilos, y sus flores mezcladas y entreabiertas esparcian los mas suaves perfumes.

Para escusar esta nomenclatura de selvicultor necesito decir que me gustan los hermosos árboles tanto como las cosas animadas, y que los amo casi tanto como á los amigos. Yo no puedo burlarme de Jerjes, tipo de los reyes absolutos, porque amase á un plátano,

«Se asegura, dice Eliano, que habiendo fijado su atencion »en un plátano muy alto de Lidia, pasó á su sombra todo un »dia, y acampó sin necesidad en un sitio desierto, solo por no »separarse del árbol, adornando sus ramas con collares y jo»yas y dejándole al marchar un guarda que lo custodiase.»

Este capricho me parece en todo caso mas patético y menos pueril que el de perforar el monte Athos ó azotar el mar, y no sería yo el que hubiese dado al poderoso rey de los persas un privilegio de invencion por el primero de estos hechos.

Por otra parte, ¿hay nada mas hermoso que el plátano de Oriente? Sus ramas elegantes se estienden á lo lejos, de donde le viene el lindo nombre de plátano; su tallo recto y esbelto, su copa alta y espesa, su corteza lisa, que todas las primaveras se renueva, lo salvan del musgo y de los mortales abrazos de la hiedra; sus hojas presentan la figura geográfica del Peloponeso; su tronco robusto da asilo á los viajeros durante la tempestad, preservándolos, segun se dice, del rayo por una prerogativa que solo comparte con el laurel; en fin, su sombra es impenetrable á los rayos del sol, pero no al suave aliento del céfiro, y por tanto es tan precioso bajo un cielo ardiente que para aumentar y apresurar el crecimiento de su follage los griegos regaban sus raices con vino.

Los latinos, apoderándose de este método de riegos, acogieron con mas favor todavia y como una rica conquista el árbol oriental; y no vacilo en declarar que si nuestros modernos arqueólogos pasasen en Roma algo mas que el invierno, habrian reconocido como yo los vigorosos vástagos de esos mismos árboles que Hortensio cultivaba en otro tiempo á fuerza de dispendios, muy cerca de allí. Todo el mundo sabe que este célebre orador, teniendo que defender una causa, rogó á Ciceron que hiciese sus veces, porque le urgia ir á regar con vino sus jóvenes plátanos de Túsculo.

Todo esto sea dicho con el objeto de que se me perdone mi pasion á los grandes árboles. En aquella hora del dia, tan esplendoroso bajo el sol de Oriente, en que las aves en coro dirigen al sol su himno matutino, los tordos, las alondras, los mirlos de las montañas y las perdices, hacian resonar en todas partes sus voces sonoras. Los primeros acentos del petirojo que habita todo el año los jarales de las vertientes del Norte, y el último cántico del ruiseñor se confundian á lo lejos y resonaban á la vez, mientras que las cigarras, que no pasaban de los límites de esta region, anunciaban un dia caloroso á los habitantes de las llanuras y á nosotros, que nada teníamos que te-

mer por esta parte, próximos como estábamos cada vez mas á la region de las nieves.

De cuando en cuando, á la vuelta de un sendero ó de una cuesta tortuosa todos estos ruidos cesaban y desaparecian los árboles, derribados por la mano del hombre ó desterrados de aquel sitio por rocas quebradas que todavia la vegetacion no habia podido disolver. Entonces, como si se levantara una cortina se nos aparecian la ciudad de Broussa con sus minaretes y sus cúpulas todavía en la sombra; mas allá la llanura del *Lufer* (el Horisio), ya animada y dorada por el sol saliente; y en último término las vertientes del monte Arganthon, medio veladas por el vapor ligero de la mañana.

No olvidaré jamás aquella hora de delicioso arrobamiento, aquella lenta ascension por los desiertos embalsamados del monte divino, y la admiracion estática con que contemplé toda esta pompa de la naturaleza. Los hombres de las épocas antiguas, mas cercanos á esta naturaleza primitiva tan rica y variada, han gozado mejor que nosotros de sus encantos y de sus beneficios, y tambien han sabido describirlos mejor. «Para »nosotros, exclama un poeta de los tiempos fabulosos, mezcla »el bosque en sus últimos rodeos la sombra de los árboles á »los tallos nudosos: para nosotros se multiplican los laureles, »crecen los grandes plátanos al borde de las fuentes, y se lan»zan del seno de la tierra fertilizada mil producciones maravi»llosas.»

## III.

Despues de haber andado paso á paso como unas cinco millas, llegamos á unos prados escarpados cubiertos de yerba espesa que la hoz respeta. Allí, demasiado lejos de los hombres que desprecian sus tesoros, crecen y florecen hermosas plantas durante la primavera ó el estío, y luego se secan y mueren en el otoño, las mas para no renacer, porque el agua sola es la que las propaga, y los arroyos que las alimentan inciertos y movibles, no siempre corren en el mismo lecho sometidos como estan al influjo de las avalanchas.

Los fresnos y los arces, lanzándose entre la maleza dan sombra á las grandes rocas, á las cuales han detenido en su caida, y estas, suspendidas tambien por su peso en las revueltas de la montaña, mantienen á su vez bastante tierra vegetal y suficientes gotas de lluvia para alimentar los árboles aislados que las protejen. Así estos hijos del mismo suelo se prestan auxilio mútuamente.

Insensiblemente pasamos á la region de los castaños que bajo su vigorosa vegetacion cubren la mitad de la segunda zona, dejando en seguida libre el campo á los abetos que reinan sin rival hasta la inmediacion de las nieves. Aquí las aves de

la primera region nos abandonan; algunas parejas de palomas torcaces y perdices, huyen delante de nosotros; y de cuando en cuando se oye el chillido agreste de la ortega.

A veces atravesamos vastos claros de árboles donde algunos troncos medio quemados, señalan la magnitud de esos incendios producidos por el rayo, que los habitantes de las llanuras de Bitinia contemplan desde lejos con terror, y que, á la manera de sangrientos meteoros enrojecen las laderas del Olimpo durante las noches tempestuosas: ya caminábamos por pendientes resbaladizas y rectas, casi en escalera, donde los cascos de nuestros caballos arrancaban piedras que iban rodando y saltando hasta el fondo de los precipicios.

Alguna vez echábamos pié á tierra «llevando delante de »nosotros nuestra cabalgadura, y atravesando como los grie»gos de la Iliada ya por lugares escarpados, ó en pendiente ó »sinuosos.»

—(No puedo menos de creer que Homero debió observar por sí mismo, antes de quedar ciego, esta maravillosa naturaleza, tan enérgicamente pintada en esos hermosos versos cuya armonía imitativa alabó Demetrio Falereo; estos son los mismos versos que madama Dacier ha traducido equivocadamente ó bien eludiendo las dificultades por estas palabras: *A pesar de la dificultad de los caminos llegan*).

Encontramos, al cuidado de conductores medio desnudos, largas filas de mulos conduciendo, cubiertos con fieltro y pieles de cabra, esos trozos de nieve sólida que llevan hasta los puertos de la Propontida, y que desde allí, en barcos siempre prontos á hacerse á la vela, van á refrescar las bebidas de los modernos epicureos de Constantinopla.

Los turcos, casi tan aficionados á las bebidas heladas como los pueblos de Italia, no saben, sin embargo, conservar la nieve para la estacion del calor. Se fian esclusivamente en el Olimpo, y el Olimpo no ha defraudado nunca sus esperanzas; porque en ningun tiempo está enteramente desprovisto de nieve, á pesar de las aserciones contrarias de ciertos viajeros de un momento, que se lamentan de no haberla visto, sin duda al alcance de sus insuficientes telescopios.

A la sombra de los últimos castaños se levantan algunas cabañas, ó mas bien tiendas pequeñas y muy bajas, formadas con pieles de carneros negros y con groseras telas, como las del árabe de los desiertos meridionales. Allí habitan algunos pastores nómadas en medio de sus rebaños, que conducen de las llanuras interiores del Asia en la estacion de los pastos.

Estos turcomanos tienen una reputacion muy equivoca, la cual se remonta á los tiempos de Strabon. «Los alrededores »del Olimpo, dice, están ahora bien habitados; pero en sus al»turas hay selvas monstruosas y sitios casi inaccesibles, que »pueden servir de asilo á los ladrones. Allí se declaran fre-

»cuentemente independientes los jefes de tribu.» Lo confieso, no puedo reconocer en los pastores andrajosos de hoy, ni los altivos amigos de la libertad, ni aun los atrevidos ladrones de que nos habla el célebre geógrafo.

Yacoub creyó deber advertir por medio de un pistoletazo á los turcomanos dispersos en la montaña nuestra llegada. Dos ó tres acudieron al ruido, y una jóven que estaba sentada á la entrada de una de sus cuevas de topos, se ocultó precipitadamente en lo interior.

Mi genízaro pidió leche, y se la dieron en tal abundancia, que él y los guias quedaron hartos; sin embargo, no nos exigieron retribucion ninguna; luego pidió queso para su futuro almuerzo, y le llevaron todo el *Yogurt* (leche cuajada), con que se podia sin inconveniente aumentar nuestro bagaje. La pastora, mas semejante á una zingara ó gitana que á una oriental, habiendo por fin perdido el miedo, se acercó á mí para ofrecerme quesos de cabra, cubiertos con hojas de castaño.

Tenia la boca y la barba cubiertas con una tela parda, con mas agujeros de lo que exige la máscara otomana, y sujeta por la parte posterior de la cabeza. Su cabello era rojo y erizado, los brazos secos y desnudos; una saya rota de piel de cabra envolvia todo su cuerpo, á escepcion de las piernas ennegrecidas y adornadas con un anillo de vidrio azul.

No acepté su ofrenda, pero le puse en la mano algunos *paras*, que llevó á los lábios y al corazon en señal de gratitud.

Necesito truchas, exclamó Yacoub con el tono de un hombre hábil en ejercer estorsiones, porque antes de haber entrado en el servicio honorífico de los embajadores, habia sido recaudador de impuestos en las aldeas de Anatolia. «Sepa V., señor, »añadió volviéndose hácia mí, que estos bandidos (Yacoub »pensaba como Strabon) no se contentan con ser pastores, sino »que son pescadores tambien.» Pero esta vez el tirano no pudo ser obedecido: los turcomanos respondieron que el lago daba pocas truchas, y que los conductores de nieve se habian llevado todas las que tenian, no habiéndoles dejado ninguna. Yacoub no era hombre que se contentaba con estas razones, que á mí me parecian escelentes, y hubiera echado mano del antiguo recurso del palo, si yo no me hubiera opuesto formalmente á todo género de violencia.

Las truchas del Olimpo (*Ala-Balúck*) tienen mucha fama: se las reserva para la mesa de los bajás de Broussa, porque como se pescan solo en la estacion del calor, raras veces conservan bastante vida para llegar á los mercados de Constantinopla, en las condiciones que los gastrónomos de levante exigen. El lago que las produce es muy pequeño, y está cubierto de hielo durante muchos meses del año: no debiamos costearle, pero por entre las rocas pude ver brillar entre dos picos sus ondas argentadas.

Yacoub, para probarme qne su cólera cedia sin reparo á mi autoridad, renunció inmediatamente á sus maneras habituales de tratar á los turcomanos. Unicamente impuso por toda pena á estos hombres, amenazados siempre por tan rudos castigos, el trabajo de tocarnos su flauta montañesa: y ellos por su parte, olvidando con facilidad las amenazas, hicieron algunos gorgeos sin medida y sin terminacion distinta, y despues entonaron la célebre cancion turca *Aï-din-dik*, que es desde hace treinta años el placer de los otomanos de todas comarcas y de todas edades. Me ha costado mucho trabajo someterla á las medidas europeas por su compás desordenado y desiguales terminaciones.

Sin embargo, esta misma clase de flauta turcomana fué la que hizo llorar al feroz Bayaceto. Se enseña todavía en los alrededores de Broussa el viejo árbol á cuyo pié, se dice, que el terrible sultan, yendo á la cabeza de un numeroso ejército á vengar á su hijo inmolado por Tamerlan, y corriendo sin saberlo á la deshonra, á la esclavitud y á la muerte, encontró un jóven pastor cantando y tocando su flauta sin cuidados ni temores. «Repite en adelante, le dijo, por estribillo de tus canciones, estas palabras: *Desgraciado Bayaceto, ya no volverás á ver á tu querido hijo Othogulo.*» ¿En qué consiste que esta anécdota tan patética, de que se acuerdan los turcos todavia, haya parecido poco digna á muchos historiadores, que se han negado á realzar con ella el interés de sus narraciones? Por mi parte he notado tambien en los sonidos salvajes de la flauta del pastor de Bayaceto, la influencia de las montañas, la nota doble y prolongada al fin del aire, la repeticion del eco, las modulaciones repetidas, todo efecto de una melodía montañesa.

Durante este concierto inesperado, que abrevié en beneficio de mis oidos, me preguntaba á mí mismo la razon del prodigioso contraste entre la tan minuciosa cultura de la Suiza, de los Pirineos y el abandono de este Olimpo, mas cerca del sol y mas rico en vegetacion que sus rivales: y sin embargo, el gigante de la Bitinia ve crecer á sus plantas la preciosa oliva y la morera, orígen de la opulencia.

Acaso los pueblos turcomanos habrán retrocedido por una especie de miedo supersticioso, ante las selvas primitivas y ante las formidables rocas de la montaña mas alta y mas desconocida que hay entre el Monte Blanco y el Himalaya. O mas bien, cuando hay tantas tierras incultas en el seno de las fértiles llanuras del Asia menor ¿qué vendrian á hacer en montes escarpados algunos habitantes?

De todos modos, no puedo separarme de estos pastores nómadas sin procurar vengarlos de las injuriosas inculpaciones que pesan sobre ellos desde el siglo del gran geógrafo griego, hasta el del genízaro Yacoub.

¿Cuáles son, pues, los viajeros que han sido despojados en

estas rocas siempre desiertas? ¿Qué bolsa pueden haber arrebatado á gentes que no la llevan y á hombres que no viajan nunca? Tienen por vecinos algunos osos y algunos conductores de nieve mas miserables que ellos. ¡Ah! No roban al *Miri* (tesoro del Estado) ó al *Vacouf* (caja de las mezquitas) ni aun la yerba que verdece para sus rebaños en las laderas de los picos mas desconocidos, porque pagan al Sultan y al Mufti un tributo anual por el privilegio de aprovecharse de este pasto peligroso.

Dejamos detras de nosotros á estos tan poco *afortunados habitantes del Olimpo*, para atravesar los confines de la segunda region, que es la region propia de los torrentes, de las cascadas, y de las nubes, *vagabundas viajeras del aire*, como las llamaban tambien los poetas griegos.

Admiraba yo encima y alrededor de mí, ya esas largas ramas de los abetos nuevos adornadas de negro follaje que se pierde entre la bruma, ya los troncos amarillos y sin corteza que las avalanchas del último invierno habian perdonado en su curso.

Alguna vez, el extremo de las ramas sostenidas por un tronco viejo y carcomido, hacia flotar sobre nuestras cabezas esos musgos verdosos y deshilados que la brisa agita y que ondulan alrededor de las ramas decrépitas, como los cabellos blancos de un viejo piloto al soplo de las tempestades. Otras veces descubria en el granito el rastro de las nieves que se convierten en cascadas, cuando en la primavera el primer soplo de los vientos del mediodia viene á disolverlas; mas allá, á lo largo de los torrentes, algunos troncos de árboles arrastrados por las aguas, mutilados y divididos por las rocas, yacian sobre los trozos de piedra lustrosa é incesantemente lavada, que se habian desprendido de las rocas, formando debajo de las cimas como un insuperable caos, y ofreciendo á los ojos sorprendidos piedras de todos tamaños y de todas formas, amontonadas una sobre otra, desde el mas pequeño guijarro hasta las masas mas monstruosas; y mas adelante estas masas mismas hendidas por su peso ó por su caida, no reposando mas que en la base estrecha que se han formado al caer.

Por último, levantaba mis miradas hácia esas grandes rocas revestidas de liquen y de musgo, interiormente minadas por el trabajo contínuo é insensible de alguna gota de agua intestina, por cuya accion deben un dia deshacerse y caer. Entonces brillan á la luz largas paredes pulimentadas, cuyos colores primitivos el aire no ha alterado todavía; unas veces grises como el granito, otras rosadas como si el sol las hiriese con sus últimos rayos; ya rayadas de largas venas negras, producto de la destilacion misteriosa, ó blanqueadas por lágrimas de aguas petrificantes, que caen gota á gota de la raiz

de un abeto moribundo, ó de una haya inclinada hácia el abismo.

Deseo, mas que espero, con estos detalles minuciosos y un tanto confusos, como estas páginas en que domina acaso demasiado la manía descriptiva de mi siglo, revelar las combinaciones caprichosas, el extraño aspecto, en fin, las bellezas naturales de la montaña asiática, tales como hirieron mi espíritu y mis ojos, y tales como traté de reproducirlas al instante, porque estos rasgos repetidos aquí son de dos dias despues de las grandes impresiones grabadas en mi imaginacion por este magnífico espectáculo tan nuevo para mí. «La contemplacion de la naturaleza, dice Ciceron, es una especie de alimento para nuestro espíritu y para nuestros corazones; este estudio nos eleva y nos engrandece á nuestros propios ojos.» Yo quisiera tambien para nosotros contempladores oscuros que intentamos describirla: yo quisiera, digo, que la naturaleza no nos hiciese ni monótonos ni ininteligibles.

## IV.

A las once dejamos atrás los últimos abetos y llegamos á la tercera region. Allí no mas árboles, no mas arbustos, á escepcion del enebro de granos rojos, la uva de oso y el mirtillo de los bosques del Rhin, con sus hojas festoneadas y verdosas y su fruto azul sin sabor.

Todavia se ven algunas plantas acá y allá y musgos en variedades infinitas; raras masas de yezgos yacen de distancia en distancia cerca de tierra. Florecen sin embargo; pero sus bayas sanguinolentas no maduran jamás tan cerca de la nieve. Guardémonos de aproximarnos á ellas; son como los placeres del mundo que en esperanza embriagan; pero que en gustándolos se desencanta el corazon, y es preciso aspirar el olor de muy lejos para encontrarlo agradable.

Eché pié á tierra al borde del primer ventisquero y á la orilla de las aguas que de él se desprenden; recogí primaveras húmedas y frias todavía, violetas apenas abiertas, y un brezo enano de esos que es preciso sentarse cerca de ellos para poderlos ver bien y admirar completamente sus pequeños filamentos verdes, revestidos de botones rosados; estaba tan mezclado con los vástagos frondosos del serpol, que arrancado de su ramillete natural, guardó por un momento el perfume.

Estábamos en esa parte del Olimpo llamada por los pocos pastores turcomanos que han ascendido á su cima el *Valle de los Osos*. En efecto, los rastros de los tiranos de la montaña eran evidentes; la nieve conservaba en muchos parajes las señales de sus patas pesadas y disformes. Yacoub quiso hacerme distinguir á una gran distancia, un punto negro que calificaba de

oso; pero á pesar de todo mi buen deseo no pude participar de su ilusion.

Mientras los conductores se ocupaban en guardar nuestros caballos, puestos en peligro como decian, por la vecindad de los osos; y en tanto que á orillas del torrente de agua helada, preparaban nuestro almuerzo compuesto de la leche cuajada que nos habian dado los turcomanos y de las provisiones traidas de Tchékerdgé, amenazadas, decian tambien, por los buitres y las águilas que se cernian alrededor de nosotros, yo sin hacer caso de su pereza, y acompañado de Yacoub que pretendia conocer los precipicios y los senderos de la nieve, me dirigí hácia el punto mas alto del Olimpo.

Apoyados cada uno en una rama de abeto, marchamos con paso trabajoso cerca de una hora, sobre nieve bastante sólida y resbaladiza, sin que adelantásemos mucho; pero cuando fué preciso trepar á la última cumbre casi á pico, nos hundimos profundamente en un polvo fino y húmedo que se pegaba á nosotros y se liquidaba en nuestros vestidos. Nuestra respiracion entonces se hizo difícil.

Volvíame de cuando en cuando para tomar ánimo, y recrearme de antemano con el espectáculo que debia recompensar mis esfuerzos: por fin, á la una de la tarde con un sol resplandeciente, con un viento norte que alejaba las nubes y formaba una mágica trasparencia en la atmósfera, llegué al punto mas agudo y á la vez mas elevado de la montaña, y me quedé como deslumbrado á la vista de la grandeza que me rodeaba por todas partes.

Mi primera impresion fué una especie de aniquilamiento moral, de postracion y de olvido de la existencia seguida de una ardiente aspiracion hácia la otra patria, de la cual parecia que no estaba separado mas que por el límpido azul del cielo. Estraviábame en este empíreo para ascender hasta ese Criador universal, Dios de todos los tiempos, que aun antes de venir los sábios del cristianismo, habia sido llamado *Principio y fin de todas las cosas.*

En mi santo delirio, imaginábame entrever las esferas celestes, pasar á través de los mundos, y caer de temor y de gozo á los pies del trono omnipotente. Cada palpitacion de mi corazon era un humilde homenaje al Ser supremo, á quien me creia tan inmediato. Ahora bien, estos sueños exaltados, estas iluminaciones íntimas, los placeres mas puros de la vida, me asaltan siempre en las montañas; y esto es, lo confieso, lo que me hace preferir sobre todo los lugares elevados. «Allí, »meditando sobre las cosas del cielo, vemos la nada de nuestra »triste y despreciable humanidad.» Mi pensamiento descendió insensiblemente de la sublime morada á que habia volado á través de los aires, y luego comencé á comprender mis sensaciones, y á reconocer las tierras lejanas.

Estas eran: al Oriente, las llanuras ondulosas de la Anatolia, que se estienden hácia la Armenia y Erzerum, y los pequeños valles de Ak-Son, en que nuestras miradas penetraban hasta sus verdes profundidades.

Al Mediodia la Misia y la Frigia hasta el Meandro, y mas allá el lago de Abuillonte y el curso del Rhindaco, que se pierde en el mar de Mármara.

Al Norte, las soledades del reino del Ponto, y las olas del mar Negro, brillando como una línea de plata mas allá de la Propontida; la gran ciudad de Constantinopla destacándose en el continente europeo como un punto blanco en el horizonte; en seguida el lago Ascanio y el orgulloso Arganton que parecia una humilde colina; en fin, las ricas campiñas de la Bitinia yendo á perderse en el golfo de Cio, donde descienden los abetos del Olimpo para servicio de las flotas otomanas.

Broussa estaba á mis pies enteramente oculta por la sombra de la montaña.

En el centro de este vasto círculo que me descubria una circunferencia de mas de cincuenta leguas, pretendia yo explicarme el sistema geológico de los montes del Asia, y mis miradas seguian atentamente su cadena y sus ondulaciones.

Veíale partiendo del Euxino, del Helesponto y el Sipilo aproximarse al Olimpo, formarle, por decirlo así, una corte, colocarse alrededor de él para levantarlo y para erigirle un trono en que pueda reinar sin rival.

En efecto, aislado en su altura, el Olimpo no es comparable en este sentido ni al Monte Blanco, celoso de la cercanía del Monte Rosa, ni á las rocas de la Maledetta, que desafian al Vignemale y al Marboreo: él se lanza solo hácia los cielos; nada hay antes, despues ni á su lado; él solo desde el Cáucaso hasta el Tauro tiene y conserva una nieve eterna.

En este radio inmenso, me recogí un momento y repasé en mi memoria los grandes hechos de todas las épocas, cuyo teatro contemplaban mis miradas.

Aquí *la formidable embocadura del Mar Nevado*, como la llama Teócrito; los Cianeos y los Argonautas, primeros navegantes del Euxino. Allí, el Gárgaro y el Ida, cuyas cimas ordenadas en círculo como para asistir á los combates homéricos, me roban la vista de la llanura de Troya.—Mas cerca el Granico, útil auxiliar de Alejandro en su primera victoria en el suelo de Asia. En las playas de la Propontida, la punta de Cisico y Mitridates. Diocleciano y su Nicomedia situada á las orillas del golfo mas delicioso. En el horizonte Constantino y la cruz triunfante en la capital del imperio de Oriente. Nicea y el sitio en que brillaron, al principio de las cruzadas, Godofredo y Tancredo. Por último, las llanuras de Frigia y la batalla de Ancira en que Tamerlan hizo prisionero al infortunado Bayaceto.

Una tempestad que se formó en los valles meridionales sometidos á mis miradas me distrajo de estos recuerdos. Oí entonces el trueno y vi el relámpago lucir debajo de mí, contemplando así á mis pies y sin peligro alguno, esos mismos terribles fenómenos de los aires que habia visto siempre brillar sobre mi cabeza.

Estaba en efecto en ese Olimpo *que eleva su cima mas alta que las lluvias, que mira en su base derretirse las nubes en torrentes y domina los roncos sonidos del trueno.* Véase la grande imágen filosófica que Bruto presenta á Caton como modelo del verdadero sábio. *Por la voluntad de los dioses,* le dice, *reposa el Olimpo encima de las nubes: mientras que la discordia se agita en lo bajo, sus cumbres gozan de una grande paz.*

Y yo tambien desafiaba las tempestades, protegido por el divino Olimpo. En vano las negras nubes se adelantaban lentamente siguiendo los contornos de la montaña como para arrollarme: asi que parecia que llegaban á la altura en que me hallaba, el aquilon las arrojaba victoriosamente á los valles en donde acababan de nacer, y barria todos esos vapores que se disiparon pronto á su soplo y se perdieron en una inmensa calma.

Me hallaba en la mas alta de las tres crestas de la montaña, ó por mejor decir, en la cúpula cubierta de nieve que las domina; mis ojos no podian resistir el resplandor del sol, y cuando los fijaba en la nieve que me deslumbraba tambien, veia pasar de cuando en cuando como una línea negra y fugitiva. Era la sombra de algunas águilas que se cernian y revoloteaban en cima de estos picos, su morada eterna. El ave de Júpiter reina todavía en las cumbres del Olimpo.

Dirigí por último una prolongada mirada alrededor de mí; y despues descendí rápidamente á largas zancadas pisando una nieve blanda y delicada que se aplastaba bajo mis plantas y me retenia en la pendiente de los ventisqueros. Así tambien es como se baja en un momento del Vesubio con ayuda de sus cenizas volcánicas; pero cuando mis pies encontraban una superficie lisa y endurecida en medio del polvo diamantino de los pequeños hielos, no me sostenia ya y rodaba como en un resbaladero hasta que otra capa de nieve esponjosa me recibia y me paraba.

De esta manera fuí de salto en salto todo empolvado de rocío y mas húmedo por lo mismo que magullado hasta el *Valle de los Osos,* donde nuestros conductores muy oportunamente habian encendido fuego. El frio era muy vivo; envolvíme en mi ancho capote, y apoyada la espalda contra una roca que me libraba del viento norte, me tendí enteramente al sol; pero el fuego, las pieles imperiales y aun el sol, asiático y todo como era, apenas pudieron dar calor á mis entorpecidos miembros y secar mis vestidos.

## V.

A pesar de estas aventuras, no estaba yo por eso menos persuadido de la dignidad de mi Olimpo y de que, mas feliz que los titanes, acababa de escalar la morada de Júpiter.

Pero ¡ah! Homero que ha enseñado mejor la geografía oriental que todas las cartas modernas, no me permitió guardar por largo tiempo esta ilusion. Apenas lo interrogué al volver de la region de las nieves acerca del Olimpo bitinio, me explicó, en términos, en mi sentir muy poco equívocos, que el verdadero Olimpo en que él habia colocado la asamblea de los dioses era el Olimpo de Tesalia; y aun yo mismo leyendo de nuevo atentamento sus exactas descripciones, haciéndome cargo de la posicion de sus héroes y de sus celestiales auxiliares, lo reconocí así por signos ciertos.

Mas tarde todavía, un célebre topógrafo casi tan entusiasta como yo del mas grande de los poetas, M. Lechevalier, al exponer su nuevo sistema sobre la Odisea, trató de hacer penetrar en el mundo científico algunas palabras en favor de otros Olimpos, tales como el Olimpo de Creta y aun el Olimpo de Chipre.

«Sea lo que se quiera, me escribia, de todos estos Olim»pos y de todos estos sistemas contrarios, parece demostrado »que los nombres primitivos y genéricos de *Olimpos*, de *Ele»fas*, de *Alpes*, que Orfeo, poeta montañés, da á las monta»ñas de Tracia, su patria, tienen verdaderamente un orígen »comun y significan todos una cadena muy elevada. ¿Quién »sabe si la palabra *albus* no tendrá tambien el mismo orígen »pues que casi todas las altas montañas estan cubiertas de nie»ve y se distinguen generalmente por su blancura?»

Aquí añado yo que si el nombre de Olimpo fué dado á todos los montes *porta-nieves*, el nombre de *Ida* se atribuyó tambien á todos los lugares frondosos. Y cierto que no seré yo quien conteste los títulos del Ida de Frigia, cuyas cimas acabo de ver, á esta apelacion, pues que en las escursiones que he dirigido hácia sus laderas me ha dado las pruebas mas reiteradas y mas *picantes* (estilo anfibológico) de la existencia de sus frondosidades.

Por último, para que se me perdonen mis divagaciones, tengo necesidad de observar á mi vez, que en todos tiempos el Olimpo ha sido entre los eruditos y los viajeros la manzana de la discordia, y que ha hecho sostener tesis tan fútiles como las precedentes, pero ordinariamente mucho mas absurdas.

¿No ha pretendido M. Boivin (véanse las *Memorias literarias de la Academia*, tomo X, página 655) que el Olimpo de Homero es una gran montaña invertida, cuya base está en el cielo, y cuya cima se halla vuelta hácia la tierra?

## VI.

Vuelvo á mi campamento y á la region de las nieves. Mi comida fué corta y frugal; el tiempo arreciaba; el agua del torrente cogida para apagar nuestra sed estaba de tal modo helada que yo no podia sostener en mis manos la taza portatil de bronce de que se habia provisto el genízaro y en donde bebíamos uno despues de otro.

Se puso la brida á nuestras cabalgaduras hartas de yerba y de musgo y pensamos en el descenso mas corto pero mucho mas trabajoso que la ascension.

Dimos primero la vuelta á la montaña para tomar la vertiente del Mediodia y dirigirnos por un camino menos árido y mucho mas variado que el que habíamos traido por la mañana. En este lugar debo advertir que la palabra *camino* no significa materialmente *camino*, sino mas bien *direccion*, como se dice el camino de un barco por el mar, pues que si nosotros habiamos abierto para otros un sendero tal cual, nadie lo habia abierto para nosotros.

Pronto volvimos á encontrar las cascadas y los arco-iris que los rayos del sol multiplican en aquel lugar; luego los saltos ruidosos de agua nevada, y luego torrentes ya completos, los cuales antes de llegar al valle se estrellan en lo alto de los barrancos y se hunden despues con estruendo en los abismos que se han abierto y entre las rocas de que ellos mismos han cubierto su lecho.

Luego llegamos á estrechas gargantas cuyo círculo completo parecia aprisionarnos y hacer dudosa nuestra libertad: picos jigantescos se levantan allí por todos lados, y los abetos de espeso ramage visten este sombrío embudo atravesado por una corriente de agua tumultuosa.

Nuestros gritos para probar aquellos terribles ecos se mezclaban con el estrépito de cascadas invisibles, y eran repetidos con acento mas formidable por los ecos de las grandes rocas peladas. A veces los torrentes se dividen en mil pequeños arroyos; aquí borbotando en lo alto de una pradera inclinada sobre un lecho de piedras y guijarros; allí deslizándose mansamente por la pendiente suave, humedeciendo las raices de las plantas y penetrando en el césped sin murmurar; ya se les oye sobre la cabeza, ocultos por árboles espesos, ya bajo los pies, escondidos entre la yerba, y muchas veces se detiene uno para oirlos sin verlos.

Estas aguas, de movimientos inconstantes y variados, no tienen entre si mas semejanza que la pureza, ni son conocidas ni dirigidas, y por lo mismo á nadie aprovechan; nacen y se pierden oscuras y sin empleo. Arbustos que no crecen para el hombre, plantas ignoradas que no deben servir de pasto á

los ganados, flores sin nombre que jamás serán cogidas por mano de una pastora, son las únicas que se disfrutan de su frescor.

De cuando en cuando pasamos á la sombra de rocas enormes, inclinadas hácia nosotros y que parecian amenazarnos con su caida; ilusion tanto mas terrible cuanto que al dirigir nuestras miradas á sus cimas, fuese por efecto del vuelo de alguna ligera nube, fuese en razon de nuestra propia marcha, parecia que aquellas pirámides se movian y vacilaban en el azulado espacio como conmovidas al ruido sonoro de nuestras palabras y de nuestros pasos.

A estas observaciones, comunes á las grandes montañas, dan el clima asiático y la pureza del aire oriental un encanto indefinible, que aumenta para mí la mágia de los antiguos recuerdos.

---